

Juan Luis Martínez, *La nueva novela* (Santiago: Ediciones Archivo 2016).

PRESENTACIÓN

EL HOMBRE VELADO*

Roberto Merino

Universidad Diego Portales

Me encargaron darle un sesgo biográfico a esta presentación. Me parece difícil hacerlo estando aquí Eliana, Alita y María Luisa, la mujer y las hijas de Juan Luis Martínez, que son quienes más saben sobre el tema. Pero por otro lado creo que podría aportar algunos detalles, una visión un poco fragmentaria de mis encuentros con Juan Luis, que en un principio fueron encuentros literarios, previos al conocimiento de la persona.

Matías Rivas recordaba hace un instante esa frase tan propia de Juan Luis Martínez: “Me complace irradiar una identidad velada”, que aparece en la última y casi única entrevista que dio, la entrevista que le hizo María Ester Roblero para la *Revista de Libros de El Mercurio*.

Tendría que precisar que lo de la “identidad velada” no era para Juan Luis tan sólo una cuestión literaria, sino algo que también trascendía a la realidad diaria. Su mismo aspecto y su voz parecían velarse circunstancialmente. De esta manera lo conocí yo, o, más bien, así entré en contacto por primera vez con su nombre. En el primer Encuentro de Arte Joven que se hizo en el Instituto Cultural de Las Condes, en 1979,

ROBERTO MERINO. Escritor. Cronista. Profesor en la Universidad Diego Portales. Entre sus últimos libros, se cuentan *Pista resbaladiza* (2014), *Padres e hijos* (2015) y *Lihn. Ensayos biográficos* (2016). Email: robertomerino@gmail.com.

* Presentación realizada en el Centro de Estudios Públicos el 30 de noviembre de 2016, durante el seminario “Arte y poesía. Juan Luis Martínez”, organizado a partir de la publicación de la tercera edición de *La nueva novela*.

Juan Luis estaba anunciado en el programa, así como Raúl Zurita. Bueno, ninguno de los dos apareció. Entonces inicialmente para mí Juan Luis Martínez fue esta figura ausente con la cual me había formado ciertas expectativas. Se hablaba de él como si se compartiera un secreto, y nadie lograba explicar bien en qué consistía su obra poética.

Zurita leyó sus textos al año siguiente, pero Juan Luis Martínez no apareció nunca en las sucesivas versiones de ese encuentro. Esa práctica se repitió varias veces: era anunciado, pero no llegaba. A veces se lo veía en el público o conversando en los pasillos. No participaba: era la “identidad velada”. El tipo que estaba, que no estaba, que desaparecía, que usaba la ausencia como una forma de visibilidad.

Se hablaba mucho de sus libros, pero indirectamente, ya que era difícil encontrarlos. Cuando años después —en 1983— hice mi tesis en la universidad sobre *La nueva novela*, trabajé con fotocopias. A medio camino conocí el libro y lo hice con la emoción de encontrar algo que demandó mucha búsqueda. Alguna vez he hablado del modelo comercial con el que Martínez vendía sus libros: les ponía precios altos para que los lectores tuvieran que hacer un esfuerzo por tenerlos. Era una forma de seleccionar lectores, de reducir su número. Me imagino que en esta idea Juan Luis era tributario de Mallarmé, para quien en cierto modo una obra existía como existe una constelación y podía prescindir de los lectores.

El Encuentro de Arte Joven de Las Condes fue unas de esas instancias sociales y culturales a las que iba medio mundo durante los años centrales de la dictadura. El éxito de iniciativas de este tipo tenía que ver probablemente con la necesidad colectiva de reponer una densidad cultural mermada por la situación política. El 79 fue el año en que Rodrigo Lira salió de la zona universitaria de la poesía: en un par de meses ganó el concurso de la revista *La Bicicleta*, montó un espectáculo el día de su cumpleaños en la Biblioteca Vicuña Mackenna y causó cierto rumor de escándalo en Las Condes con su participación en una de las jornadas de poesía.

Ese 1979 fue también el año en que Zurita publicó *Purgatorio* y en el que Ignacio Valente proyectó a Zurita. Había en ese momento un notable espesor cultural proporcionado más que nada por las artes visuales y la poesía, si bien verificable en círculos restringidos. Se hablaba mucho de que había en Chile un apagón cultural y se discutía si era

apagón o apagamiento, lo que a fin de cuentas resultaba una distinción escolástica. Pero el hecho es que, a pesar de esas alarmas, pasaban cosas, pasaban muchas cosas. Había gente cototuda operando. Coincidían, por ejemplo, Rodrigo Lira con Enrique Lihn, Eugenio Dittborn con Ronald Kay, Carlos Leppe, Carlos Altamirano, todos en su mayor época de creación.

Como decía, al final de ese año Rodrigo Lira fue ganador del concurso de poesía de la revista *La Bicicleta*, con Lihn como jurado, en tanto Claudio Bertoni obtuvo el segundo o tercer lugar (lo que significó su reaparición en Chile después de mucho tiempo de viajes, regresos y ostracismo). El año en que Juan Luis publicó *La nueva novela*, el 77, reapareció Nicanor Parra con *Los sermones y prédicas del Cristo del Elqui*. Estaba circulando igualmente *París, situación irregular*, de Enrique Lihn. El 78 me parece que Patricio Marchant había vuelto de Francia. Juan Luis publicó su segundo libro, *La poesía chilena*.

Había, entonces, eso que he llamado espesor cultural: coincidían en el plano local obras que tenían exigencias formales más o menos considerables, como las que he mencionado.

Además estaba Maquieira escribiendo *La Tirana*, Paulo Jolly, Gonzalo Muñoz (a quien después Juan Luis Martínez le publicó el libro *Exit*). Incluiría también a Erick Pohlhammer, quien hacía una poesía que tenía momentos de iluminación muy asombrosos. Por lo demás, era famoso: el 78 se presentó en el Caupolicán lleno y fue ovacionado tras la lectura de su poema “Los helicópteros”.

No existía una poesía oficial. Braulio Arenas era o había sido recientemente el poeta oficial del régimen, digamos, pero actuaba como tal en actos cívicos de colegios o se presentaba en *Noche de gigantes* con Don Francisco. Había una memoria viva de sus años en el surrealismo, pero no tenía un relieve como poeta oficial. Lo que sí existía era esta otra gente que estaba absolutamente involucrada en proyectos individuales, pero que armaban un sistema interconectado. Eso era notorio en el momento. Si bien es característica de los hechos históricos hacerse visibles cuando ha pasado el tiempo, en ese momento yo creo que había una sensación de reconocimiento de lo que sucedía.

Aun existiendo una cierta tradición experimental en la poesía chilena, y poetas bastante significativos en plena producción de obras demandantes, enrevesadas, me da la impresión de que la publicación de

La nueva novela fue un acontecimiento desconcertante. Si uno revisa los recortes de prensa, las críticas, se dará cuenta de que no se hallaba la forma adecuada para describir el libro. ¿Qué era esta cuestión extraña? ¿En qué género había que ponerla? Porque se llamaba *La nueva novela* pero era poesía. O alguien dijo que era poesía. Y se presentaba como una estructura en sí misma, como un sistema de remisiones internas, citas apócrifas, citas veladas, apariciones y desapariciones del autor.

Martín Cerda fue uno de los lectores y comentaristas perspicaces que tuvo *La nueva novela*. Martín fue durante los años de la dictadura —y lo venía siendo desde antes— una especie de catalizador o polinizador de lecturas. Llegó a hablar en la televisión sobre Juan Luis Martínez, me parece que en el 83, en un programa cultural nocturno del canal de Valparaíso que también veíamos en Santiago.

A despecho de su timidez, Juan Luis Martínez jugaba mucho a la desaparición, que paradójicamente es una forma de hacerse visible. Y esto se vincula a su relación con las entrevistas, una situación que lo incomodaba mucho y un género que le producía desconfianza filosófica. Recuerdo que en 1987 le dio una entrevista a Erick Pohlhammer para la revista *Apsi*, que era el lugar donde yo trabajaba. Ahí cometió un error Juan Luis porque Erick era una persona totalmente impredecible. Y en esa entrevista —que por lo demás era muy buena— incluyó cosas biográficas que a Juan Luis le molestaron. Claro, posiblemente había una sobrelectura de su parte al sentir amenazada la parte velada de su identidad.

Posteriormente, Claudia Donoso, quien también trabajaba en la *Apsi*, convenció a Juan Luis para hacerle una entrevista larga, me parece que con fines no periodísticos. El hecho es que empezaron a conversar y al rato Juan Luis se aproblemó con la grabadora y le pidió que mejor le mandara las preguntas para responderlas por escrito. Días después, Claudia le dictó las preguntas a gritos por teléfono desde Santiago. Uno de los dos, no recuerdo cuál, estaba en un teléfono público, por lo cual la comunicación se dio de manera muy inestable. Bueno, Juan Luis parece que anotó las preguntas y no las contestó nunca. Posteriormente, la Claudia supo que Juan Luis había incorporado sus preguntas a un nuevo libro que estaba haciendo; entonces, había sido él quien había entrevistado a la periodista.

Ése fue un acto de desaparición y además de suplantación.

Cuando Juan Luis murió, en 1993, hubo varias personas que recién al salir la noticia en el diario se dieron cuenta de que el señor que habían conocido en el Samoiedo —con el cual solían conversar— era un escritor conocido. Él nunca se identificó, digamos. El mismo Juan Luis me dijo que tenía algunos amigos en su barrio con los que conversaba siempre y que tampoco sabían nada de su identidad profunda, si podemos llamar así a su parte literaria.

El año 83 empecé a trabajar en mi tesis sobre *La nueva novela* con Carmen Foxley, quien entonces era profesora de teoría literaria en la Universidad de Chile. Trabajé con fotocopias porque no había manera de conseguir el libro. Alguien me prestó unas fotocopias empastadas. Me parece que fue Óscar Gacitúa.

Antes anduve indagando sobre el libro de Martínez. Las descripciones que me hicieron del libro antes de verlo fueron muy curiosas. Alguien me dijo que era como una película. Otra persona lo encontró equivalente a *Alicia en el país de las maravillas*, esa sensación de caer y pasar a otro mundo. Y todo eso tiene sentido. Esas explicaciones pueden sonar insuficientes, pero dan una imagen que uno puede recuperar al hojear el libro ahora. De hecho —si pensamos en la relación con Lewis Carroll—, el libro propone una aventura mental de alcances irracionales.

Mi tesis fue finalmente un tratado hiperteórico, basado parcialmente en el pragmatismo lingüístico. Conocí a Juan Luis Martínez un año después. En verdad, no había querido ir a verlo mientras escribía la tesis. Carmen Foxley tenía la idea de que era mejor no conocer a los autores de los cuales uno escribía. Ese escrúpulo sintonizaba con la cabeza de Juan Luis. El encuentro se produjo en la galería del Cine Arte en Viña, por intermedio de mi amigo Marcelo Jarpa, y fue un encuentro muy afectivo, sobre todo. Martínez era un tipo muy cariñoso, especialmente con la gente más joven, y yo en ese momento oficiaba como joven.

Fue poco después de ese primer encuentro cuando pasó esa anécdota famosa, o no sé qué tan famosa en realidad. Juan Luis me dejó invitado para que fuera a su casa a Villa Alemana el fin de semana si-

guiente. Y efectivamente fui, con Natalia Babarovic, que en esa época no había salido del colegio. Llegamos a la calle Fresia, de Villa Alemana, al final de la tarde, con la plata justa para la micro, y en la casa no había nadie y se empezó a hacer de noche y simplemente nunca llegó nadie. Entonces la Natalia vio un gato que entraba por una ventana y lo siguió. O sea, se metió por esa pequeña ventana, prendió las luces y me gritó desde adentro: “Ésta es la casa, porque hay unas huevás de Rimbaud, ésta tiene que ser”. El hecho es que nos quedamos a dormir sin saber nada de la familia. Si tenían auto, si no tenían, si circulaban de noche, si iban a llegar a las tres de la mañana y nos iban a pillar ahí. Fue todo muy raro. Al otro día dejé una carta explicando la situación y nos fuimos.

Después supimos que Juan Luis había venido a Santiago ese día y me había estado llamando a la casa de mis padres. O sea, nos cruzamos. Fue una confusión cotidiana tipo Kafka.

Juan Luis, como decía, era muy afectivo, muy afable, podía discutir sin enojarse, ateniéndose a la lógica de lo que se estaba hablando. A mí, muchas veces me refutó en conversaciones literarias y esas refutaciones con el tiempo me han hecho sentido. Eran cosas en las que yo estaba equivocado, como vincular el *Igitur* de Mallarmé a *Los cantos de Maldoror*. Bueno, tenía 22 años.

Ustedes saben que Martínez había tenido un pasado distinto, había sido un tipo medio discolo cuando joven. Hay una mitología en relación con ese periodo de su vida, algo de lo que él hablaba dosificadamente. Contaba una historia muy linda de su juventud: una vez, en Viña, arrancando de los pacos se metió a una calle sin salida. Había al fondo un muro, saltó el muro y cayó a una especie de parque privado. Y de inmediato se vio acorralado por los perros del lugar. Estaba en el suelo rodeado de perros. En eso apareció el dueño de casa, que venía como en bata, y le dice: “¿Qué está haciendo aquí?”. “Estoy arrancando de los carabineros”. Entonces el señor saca a los perros e invita a Juan Luis a entrar a la casa. Terminaron jugando ajedrez y tomando whisky toda la tarde. Se hicieron amigos. Es curioso, no sé por qué cuento esta anécdota, pero se me ocurre que tiene que ver con algo que flota en el contexto de estas consideraciones.

El año 85, en el Goethe Institut, yo estuve en el público para la presentación de la segunda edición de *La nueva novela*. Fue una situación

peculiar. Alguien del público le hizo una pregunta a Enrique Lihn —que era uno de los expositores— y Enrique Lihn no contestó, cambió de tema, y Federico Schopf le dijo: “Oye, no has contestado la pregunta”. Y Lihn le respondió: “Pero uno no tiene por qué contestar todas las preguntas”. Además, estaba Patricio Marchant en el público y levantó la mano para exponer una teoría de que en *La nueva novela* había ciertas cuestiones cabalísticas, codificadas y que era un libro judío. Ahí ardió Troya con Federico Schopf, hubo un conato de enfrentamiento. Me parece que Juan Luis no estaba en su propio lanzamiento. Muy propio de él.

Valente le dedicó una de sus críticas dominicales a esta segunda edición. Valente encontraba fría y deshumanizada la obra de Juan Luis. El día en que *El Mercurio* sacó esta crítica de Valente, también traía un texto contra Claude Simon, el Premio Nobel de ese año, que había pertenecido a la Nouveau Roman, o sea, a “la nueva novela”. Fue una extraña coincidencia ese número. El 85 fue el año del terremoto y de la Virgen de Villa Alemana y Juan Luis decía que la Virgen de Villa Alemana era él. Me contó también que en 1973 había tenido conversaciones con Muñoz Ferrada, el sismólogo, y que Muñoz Ferrada había predicho el golpe de Estado, pero parece que el golpe era evidente que venía. No era mucha la gracia. *EP*

